apagó las lámparas del coro, y esta fué la señal de la lucha, que fué verdaderamente terrible. El puñado de Franciscanos que quedó en la iglesia no cesó de combatir hasta que la resistencia le fué completamente imposible. Los heridos fueron ocho: el P. Francisco Alvarez, español, tuvo tres contusiones en la cabeza y una muy grande en la espalda; Fr. Francisco de Nonantola no escapó sino por milagro; sólo para la defensa de la Gruta tenía tras de si el muro y por delante hombres furiosos como tigres. Estos avanzaron hacia él con pistolas y espadas; dos veces descargaron sus armas, pero el Jesús del Pesebre lo salvó de una muerte inevitable, pues no tenía sino un palo para su defensa. De repente oyó una voz que gritaba: *¡Salvatevi; siamo traditi!* ¡Salvaos, que estamos vendidos! Entonces fué cuando se apercibió que estaba herido en la mano derecha y había perdido el pulgar de la izquierda, hallado después entre los escombros.

El que había dado el grito de alarma era el fraile guardián del Santuario, poseído de horror al ver al *zaptieh* descargar su fusil contra sus hermanos los religiosos rivalizando en ferocidad con los mismos griegos. Los otros principales heridos fueron: el P. Mariano Moroni, español, y otros dos italianos, Fr. Juan de Palermo y Fr. Alonso de Cervia, que desempeñaba el cargo de sacristán.

Los nuevos hugonotes saquearon la bendita Gruta con inaudita brutalidad. En la mañana del 26 parecía una casa arruinada por un bombardeo. El lienzo del Pesebre, el de los Reyes Magos, obras de Murillo adornadas con marcos de plata; otros dos lienzos que no eran menos apreciados por su mérito artístico, las tapicerías nuevas y viejas y todos los objetos sagrados que tenían algún valor intrínseco, desaparecieron completamente. Demolieron además el altar de los Magos, ensuciaron y desfiguraron el Pesebre, rompieron en pedazos las lámparas de cobre, usurparon las de plata... sólo la *famosa estrella* quedó en su lugar. ¿Y por qué este extraño respeto? Porque Mons. Agappios, entonces metropolitano griego, hizo de su cuerpo una muralla á la estrella, gritando con todos sus pulmones: «¡Que pertenece á las potencias!...» Sin embargo, el mismo Prelado permitió que se quitasen las lámparas que estaban alrededor.

IX

El escudo franciscano.

El día 28 vino orden de recoger en presencia del cónsul de Francia y del bajá, los restos acumulados en la Santa Gruta, con los que se llenó un gran cajón que se conserva aún en el convento. Por fortuna, se encontró entre ellos la piedra que llevaba el escudo franciscano: era una pieza de irrecusable testimonio. A pesar de todo, cuando se trató, que fué en seguida, de poner en su lugar otra idéntica á la que habían destrozado, se opusieron los griegos, y M. Patrimonio, cónsul de Francia, se vió precisado á expedir un oficial turco acompañado de un Padre Franciscano, con orden de coger los fragmentos encontrados. Con todo esto, se obstinaron los griegos, é indignado el cónsul envió relación del hecho á Constantinopla, y obtuvo un firmán que autorizaba á los frailes Menores para volver á colocar el mármol roto con el escudo de Tierra Santa. A consecuencia de este vandálico acontecimiento y á petición de la Francia, se ha puesto un centinela turco para guardar el Santo Pesebre.

X

Las informaciones.

Entre tanto, la opinión pública se excitaba más y más; se señalaban con el dedo los ladrones y asesinos, se daba razón de los culpables al bajá, pero no se tomaba medida alguna para detenerlos. Unos huían á Alejandría con toda libertad, y llegaba el atrevimiento de otros hasta andar por las calles de Jerusalén vanagloriándose de su vergonzosa acción. Como era natural, el Patriarca griego cismático que les había dado la *bendición* para que fuesen á ejecutar tantos sacrilegios, los acogía y protegía con empeño después que tan á su satisfacción los habían ejecutado... El gobernador se decidió al fin á ir á Belén, y fué acompañado del cadí, del mufti y de algunos otros empleados de la justicia. Fué también el cónsul de Francia con

toda su comitiva. Todo el día se les pasó en hacer informaciones y levantar un proceso verbal de los perjuicios causados á los latinos; y decidieron, antes de marchar, que fué á las once de la noche, que la Gruta recobraría su antigua decoración. Pero ¿cómo podrían recobrarse los tesoros disipados y escondidos?

¡Nueva complicación! Entre los ornamentos que los Franciscanos de Jerusalén se apresuraron á enviar para proveer á las primeras necesidades, se hallaba una antigua tapicería que en otro tiempo había servido en el Santísimo Sepulcro. Al verla el bajá, quiso comprar una á su costa y colocarla en la sagrada Gruta en nombre de su gobierno. El P. Milani, entonces Custodio, vió en esta pretensión una amenaza seria á los derechos de los latinos, y protestó enérgicamente. El gobernador respondió con prórrogas y concluyó por decir que daría cuenta del negocio á Constantinopla.

XI

El armario.—El altar de los Magos.—El cónsul de Francia.

No fué esto todo: surgieron además otras dos grandes cuestiones, la una á propósito del altar de los Magos, y la otra con motivo de un armario en el que guardaban los Franciscanos los objetos más usuales destinados al culto de la Gruta. Los griegos y los armenios se oponían á que el armario fuese reemplazado por otro, y las autoridades turcas á que se reconstruyese el altar. Los primeros alegaban que jamás había existido el armario que quería reemplazarse, cuando todos los betlemitas, por de pronto, é innumerables peregrinos del mundo entero podían dar testimonio en contrario. ¿Puede darse mentira más desvergonzada y manifiesta? A la verdad, aquel pobre mueble que en una almoneda no hubiera valido diez pesetas, no merecía ciertamente que por su causa se metiese tanto ruido; pero estaba colocado en un paso apetecido desde hacía largo tiempo por los disidentes que querían considerar como propia la escalera, y por eso se explica el empeño que ponían en que desapareciese para siempre, porque atestiguaba

de una manera irrecusable el derecho imprescriptible de los Franciscanos.

Sobre el altar había puesto su *veto* el bajá, quien ni aun ver quería que se le hablase de su construcción en piedra. Sólo quería tolerar, y esto provisionalmente, que se hiciese de madera, lo que preparaba para un porvenir cercano la pérdida completa del Santuario de los Magos. El P. Milani, alarmado más y más cada vez, escribió cartas sobre cartas, reclamaciones sobre reclamaciones, pero en vano; pues la *justicia turca* se desliza y oculta cuando tiene interés en no aparecer. Al fin, estos tristes acontecimientos llegaron á noticia de M. Roustan, cónsul general de Francia. Al tener conocimiento exacto de todo, se conmovió profundamente. Hombre de valor y sinceramente devoto de los Franciscanos, elevó su causa, que era la de la justicia, ante la Sublime Puerta, y contra todo lo que se esperaba obtuvo cumplida satisfacción. Ordenó, pues, el Sultán, que todo el mobiliario de la Gruta se volviese á colocar en su estado primitivo. En consecuencia de este mandato, fué reconstruido en cantería el altar de los Magos, el armario sustituido por otro, y se suspendió de las paredes una hermosa tapicería de amianto regalada por la Francia, representando los misterios de la infancia de Jesús. Fué ésta, sin duda alguna, una brillante reparación; pero á pesar de todo, el daño había sido en muchas cosas irreparable, pues no estaba en poder de ninguna cancillería, ni aun de príncipe alguno terreno, el crear de nuevo un Murillo, ni reemplazar completamente el rico tesoro acumulado por la piedad de los siglos, y que sacrílegamente había sido arrebatado. Los griegos fueron condenados justísimamente á pagar una considerable indemnización á los Franciscanos, pero éstos renunciaron á ella generosamente.

XII

El Patriarca latino y el Obispo cismático.

Los cismáticos no se limitan á disputar á los frailes Menores sus derechos siete veces seculares sobre los Lugares Santos, procuran además con todo empeño arrebatarles las almas de los

católicos. Su conducta no es otra cosa que un cúmulo de indecencias, locuras, impiedades, majaderías y ridiculeces. He aquí, en prueba de ello, lo que pasaba por los años de 1880.

Hacía ya mucho tiempo que la población católico-latina de Belén pedía con insistencia el ensanche del cementerio, suplicando á los Franciscanos que proveyesen al honor debido á sus difuntos, cuyos cadáveres tenían que ser desenterrados antes de ser reducidos á polvo, para dar lugar á otros. Los Padres acogieron favorablemente esta súplica, y para complacerlos compraron un vasto territorio junto á la Gruta de la Leche. El Patriarca latino de Jerusalén, en su pastoral de 13 de Abril de 1879, instituía dicho terreno en Campo Santo, y autorizaba á uno de los religiosos del convento de Belén para bendecirlo. Todo parecía marchar viento en popa, cuando una porción de facciosos, pues los hay hasta en la mejores parroquias, se levantaron contra el decreto del Patriarca, alegando las más pueriles razones para justificar su incalificable resistencia. Se dirigieron, pues, á su palacio, y declararon á Mons. Bracco que querían construir á su propia costa otro cementerio. El Patriarca, que los conocía muy bien, accedió á sus deseos con un tacto y prudencia verdaderamente admirables, sin imponerles otra condición que la de terminar su obra en el improrrogable plazo de seis meses. Pasó este tiempo, y los perturbadores ni aun siquiera pusieron manos en ella.

Entonces el Patriarca, usando de su derecho, hizo cerrar el cementerio antiguo, con prohibición absoluta de conceder en él bajo ningún pretexto sepultura eclesiástica. Mas nada se consiguió, pues los revoltosos continuaron con su tema. Entonces apareció en la escena un nuevo personaje, Anthymos, el obispo cismático. Este, con su oro, sus promesas, sus truhanerías y sus embustes, alentó á los descontentos, deslumbrándolos á la vez con las ventajas materiales que según él habían de conseguir abrazando la religión griega. Aquellos insensatos prestaron oídos á sus pérfidos discursos, y desde aquel momento comenzó una serie de escándalos apenas creíbles. La división penetró en las familias, y el mismo templo de Dios vivo fué profanado. ¡Cuántas veces se vió impedido el párroco de poder proseguir el oficio de difuntos á causa del tumulto que reinaba en la iglesia! ¡Cuántas otras tuvo que abandonar el túmulo en

medio del recinto sagrado y buscar un refugio en la sacristía para escapar de los insultos de los facciosos! El capitán Guillemot, testigo muchas veces de estas escenas tan inusitadas en la católica población de Belén, se mostraba de esto vivamente impresionado. Los pobres extraviados, obedeciendo á sus maliciosos consejeros, escribieron á Roma lamentándose de ser oprimidos por los Franciscanos, por esos mismos que desde hace tantos siglos velan sobre ellos con una caridad ilimitada y proveen con infatigable celo á sus necesidades, no sólo espirituales, sino hasta corporales. Este estado de cosas duró un año poco más ó menos, después del cual sobrevinieron nuevas y aún más tristes peripecias.

XIII

La apostasía y la retractación.

El obispo griego de Belén, que se hallaba hacía dos meses en prisión en el monasterio de San Sabas, expiando las tramas secretas que, de acuerdo con el Gobierno ruso, había urdido contra su propio Patriarca, tuvo noticia de la firme actitud guardada por los Franciscanos en el negocio del cementerio. Viendo sus esperanzas defraudadas, resolvió lleno de furor emplear todos los medios de corrupción que estuviesen á su alcance para satisfacer su encono. Un desertor llamado Giorgio Saadeh, después de haberse entendido con el archimandrita ruso, se ofreció á secundar sus negros designios. Unido á algunos miserables de su calaña, este hombre trabajó sin descanso y concluyó por embaucar á una porción de latinos de origen griego, gente sin religión que hacía largo tiempo había desertado de la Iglesia católica y abandonado todas las prácticas cristianas. Pero esto poco le importaba: Saadeh estaba muy pagado de su conquista, comprendiendo que, aun con tales personas, podía al menos desacreditar á los católicos. Esto pasaba el 11 de Diciembre. Advertido el cura del asunto, convocó á los rebeldes y les exhortó dulcemente á arrepentirse, mostrándoles el abismo en que iban á precipitarse; mas viendo que nada conseguía de aquellas gentes obstinadas, las abandonó á su propia suerte. El 26 del mismo mes, fiesta de San Esteban

protomártir, apostataron públicamente. La pluma se resiste casi á referir las obscenidades á que dió lugar la simulada ceremonia del nuevo bautismo. He aquí algunas de las preguntas tontas y astutas al mismo tiempo que la precedieron, tomadas literalmente del árabe:

El sacerdote griego al neófito:

—¿Crees tú aún que el Papa sea Dios?

—¿Crees tú que la hostia que se come tomada de un cáliz distinto de el del celebrante contiene verdaderamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo?

—¿Crees tú que bañando solamente la cabeza del catecúmeno queda lavado y purificado todo el hombre?

¡Oh perfidia griega en todos los siglos famosa! ¿Una profesión de fe puede fundarse jamás en respuestas negativas?

Con todo esto, se dirigieron al monasterio de *Mar Elyas* para proceder al bautismo.

El bautismo entre los griegos se hace, como todos saben, por inmersión. Cada uno debe ir á sumergirse en la pila sin que el agua se renueve; el mismo líquido sirve para todo. A fin de aturdirlos y quitarles el horror de su impiedad, se les había anticipadamente dado á beber aguardiente, brebaje nocivo al hombre en cualquier país, pero principalmente en Oriente, en donde produce á los pocos instantes la embriaguez más brutal. Sin embargo, á pesar de esta precaución, de ciento cincuenta hombres que acudieron para hacerse rebautizar, más de ciento poseídos de terror y llenos de remordimientos, retrocedieron, aunque bamboleándose por los vapores del alcohol, ante el acto que los hubiera separado del seno de la Iglesia romana. Al día siguiente tuvo lugar el bautismo de las mujeres. La escena sería burlesca si no fuese inmoral. La mayor parte de ellas, conducidas á viva fuerza por sus maridos ó sus padres, apenas hubieron llegado, cuando sin tener tiempo siquiera de manifestar su deseo ni aún de pronunciar una palabra, fueron arrojadas en confusa mezcolanza en la pila, con menosprecio del pudor y de la decencia natural. Las desgraciadas gritaban, se lamentaban, se arrancaban los cabellos de rabia, y no sabiendo cómo manifestar ya su indignación, tomaban agua del baptisterio y la arrojaban á la cara misma del sacerdote griego, abrumándolo al mismo tiempo con las más horribles imprecaciones.

Después de una noche pasada en orgías, por la mañana se dirigieron todos los catecúmenos á la iglesia griega, acercándose á la mesa eucarística, y así dispuestos se alimentaron con la carne inmaculada del Cordero divino. El día mismo en que se cometía este sacrilegio, un grupo de individuos, animados por el vestido nuevo que los cismáticos regalaban á los apóstatas, se presentaron también para recibir el bautismo. Muchos de ellos eran pobres griegos que fingían ser latinos á fin de obtener el miserable presente prometido á la infidelidad.

Por la tarde unos veinte renegados se presentaron en el convento franciscano y llamaron al cura. Cuando este apareció, se arrojaron á sus pies, pidiéndole, suplicándole, conjurándole á que les perdonase, declarando que su intención jamás había sido la de abandonar la iglesia, sino que la pobreza les había obligado á ceder á las solicitaciones de los sacerdotes griegos. Aunque el padre se convenció efectivamente del poco aprecio que hacían del cisma, no los reintegró en sus derechos de católicos sino después de suficientes pruebas de arrepentimiento y de hacer penitencia pública de su crimen.

XIV

El subterráneo.—El statu quo.

Llegamos ahora á otro crimen del que nosotros mismos fuimos testigos. Bajo la primera puerta de entrada del convento franciscano de Belén hay un subterráneo que separa el cementerio actual de los griegos del antiguo de los latinos.

Este subterráneo pertenece á los frailes Menores desde tiempo inmemorial, como lo atestiguan dos firmanes que les fueron otorgados por el Sultán.

Pero en todos tiempos fué el objeto de la codicia de los griegos. Repetidas veces intentaron apoderarse de él con violencia, no por la esperanza de un provecho material que no existe, sino con la mira satánica de cerrar la salida del convento, aprisionando en algún modo á nuestros religiosos en su propia morada. Su última tentativa tuvo lugar en 1886.

Ella puede servir para ilustrar á los europeos de buena fe que

se preguntan á veces con asombro, por qué los Padres de Tierra Santa revuelven todas las cancillerías por una pintura, por un clavo, por una lámpara, un corredor, un tránsito... Pues este tránsito, aquel corredor, la otra lámpara, etc.... son como la limitación de sus derechos, la barrera contra las usurpaciones de sus invasores, y por esta causa guardan tales objetos con el celoso cuidado con que el centinela la frontera.

Estaba Belén de fiesta desde hacía quince días, pues habían celebrado los latinos las solemnidades del Nacimiento. Disponíanse los griegos á hacer otro tanto, cuando volvió á refrescarse en ellos la idea de hacerse dueños del famoso pasillo subterráneo, bajo el pretexto de que necesitaban una cuadra para los caballos de sus peregrinos. Valiéndose de sus medios ordinarios que son el oro esparcido á montones y la mentira, sobornaron á la autoridad musulmana, la cual ordenó al coronel Hassen-Bey que se trasladase al punto á aquel lugar con un pelotón de soldados para prestar auxilio á los adversarios de los Franciscanos. El P. Agustín, á quien vimos tan intrépido en la defensa de la Gruta de la Leche, no fué menos admirable en estas circunstancias. Misionero en Oriente desde hacía muchos años, gozaba de grandísima consideración y fama, que le valieron su dulzura, su humildad y su sacrificio sin límites en bien del prójimo. A semejanza del Patriarca de Asís, no sabía sino bendecir y amar; pero demostró con su conducta que en la hora del peligro, los hombres dulces y humildes son por excelencia hombres de carácter y esclavos de su deber. Tan pronto como fué advertido de la aproximación de los soldados, ordenó á sus religiosos que se estuviesen tranquilos sin recurrir á otras armas que á la oración, y él sólo se plantó en la puerta del subterráneo, esperando allí á los agresores. Cuando llegó Hassen-Bey, el Padre le preguntó sin inmutarse en lo más mínimo, que de quién era delegado, que cuáles eran sus poderes y si tenía documento oficial que testificase su misión. El Coronel respondió todo embarazado que no tenía sino orden verbal. «Esta orden no puedo reconocerla —replicó el Guardián:—colocado aquí por mis superiores para defender nuestros derechos, los defenderé hasta el fin; no tiene, pues, V. que esperar de mí concesión alguna. «Acobardado Hassen por tan firme lenguaje, no se atrevió en manera alguna á poner mano á la obra, y telegrafió al punto al gobernador. El bajá, que temía comprometerse, no quiso contestar, y se vió, cosa inaudita en Oriente, detenerse la fuerza brutal ante la firmeza de un simple religioso, representante del derecho y de la justicia. El hábito franciscano obtuvo este triunfo. Con todo eso el peligro no había desaparecido por completo. El Padre Agustín, con la misma energía con que había respondido á los emisarios del gobernador, hizo la guardia por dos noches, asistido de algunos religiosos, alrededor del subterráneo, permaneciendo en pie sobre el estiércol, y sin abrigo alguno contra el soplo glacial de un riguroso invierno.

Otro peligro era aún de temer: la irritación profunda de los católicos, los cuales querían vengarse á todo trance. Sin la intervención de Abonna-Francis-el-Halaby (padre Franciscano de Alepo), el cura tan amado de Belén, que es á la vez el pacificador, el consejero y el maestro de esta población tan ardiente y voluble, se hubiera emprendido una terrible lucha contra los griegos, y la sangre hubiera enrojecido las calles de la ciudad de David. A consecuencia de todos estos acontecimientos, el cónsul francés hizo sus reclamaciones á la Puerta Otomana, la cual decidió que era necesario dejar las cosas *in statu quo*. *¡El statu quo!* Conclusión deplorable que hace prolongar todas las cuestiones para llegar inevitablemente y en último resultado á la pérdida de algún derecho para los latinos.

XV

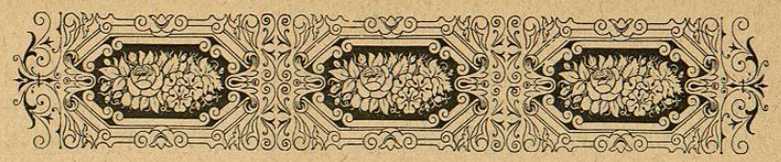
Los fariseos modernos.

Las trágicas escenas que acabamos de referir se están renovando sin cesar. Las limitaciones, los ajustes impuestos por la autoridad bajo la presión de los cónsules, no son otra cosa que breves treguas violadas sin escrúpulo por los sectarios. Apenas se podía esperar otra cosa de los monjes griegos, orgullosos, haraganes, sin regla, sin disciplina, de una moralidad más que sospechosa, cuya ciencia se reduce á conocer las minuciosas prácticas de la liturgia griega, y su devoción á innumerables cruces que bajan desde la frente hasta la punta de los pies, y á

una infinidad de *Kyrie eleison* pronunciados con tanta precipitación que es imposible el poderlos contar. Jamás vimos á ninguno de ellos orar humildemente arrodillado sobre las losas del templo, ó apoyada la frente en la manos reflexionando sobre alguna verdad santa.

Sacerdotes sin conciencia del sacerdocio, apóstoles sin apostolado, pastores sin corazón, sin vigilancia, que han sustituido la simonía á la caridad y no cuidan de sus ovejas sino para trasquilarlas... he aquí los hombres á quienes tan justamente se ha dado el nombre de *fariseos modernos*. Como aquellos de la ley judaica, son amigos del bienestar, de las riquezas, de la ostentación; visten hábitos magníficos, hacen corte á los grandes despreciando al mismo tiempo á los pobres, y abusan de la viuda y del huérfano...

A esta existencia vegetativa de una desoladora esterilidad, ¡cuán consolador nos es el oponer la vida inteligente y fecunda de los Franciscanos, de esos humildes y modestos obreros de la civilización cristiana que prosiguen sin desmayar ni retroceder jamás su curso laborioso y fecundo, soportando injurias, menosprecios y pobreza!



CAPÍTULO VI

UN ERROR DE ESTOS TIEMPOS.—EL CONVENTO DE SANTA CATALINA.

I

A vuelo de pájaro.—Preocupaciones.—Partido tomado.

Algunos viajeros de espíritu demasiadamente ligero, después de haber visitado la Palestina á la carrera y sin tomarse el trabajo de profundizar nada, se han atrevido á hablar de la *ociosidad* de los Franciscanos. El sosiego de estos religiosos, su sencillez, su hombría de bien, sus maneras desembarazadas y familiares con todos, su andar un tanto muelle (menos sin embargo que los orientales), hábito tomado bajo un sol ardiente y á consecuencia de las jornadas cotidianas á los Santuarios, generalmente bastante distantes del convento, no menos que en el servicio de los peregrinos, más rudo y pesado de lo que se piensa, y particularmente los momentos que consagran á la siesta, absolutamente indispensable en aquel debilitante clima, todas estas cosas, tan naturales por otra parte, han hecho creer á algunos que los guardianes de los Lugares Santos no hacen otra cosa que orar, salmodiar en el coro y entregarse después á las dulzuras del *far niente*, de una dulce ociosidad.

Otros hombres de ciencia y de talento, dotados de las fascinaciones todas de la palabra y de la pluma, abordan al Oriente con ideas preconcebidas y conclusiones ya sacadas.

A la manera que los anteojos ennegrecidos velan los resplandores de la luz, así también las preocupaciones desnaturalizan los hechos y cambian el juicio en requisitorio. De partido tomado, estos autores escriben sobre la Religión y sus minis-